



Punto Norte

ANTONIO MAGAÑA*

Alcaldes farisaicos

“ , ”, “No, muchas gracias”. Esa sería la respuesta que Jesucristo les daría a los alcaldes que le quieren entregar sus ciudades para que las gobierne.

En el remotísimo caso de que Jesús llegara a aceptar el ofrecimiento del compadrito Enrique Pelayo, antes de cualquier otra cosa, seguramente le diría: Ponte a dieta, gordezuelo, “contra gula, templanza”.

Parece que los alcaldes creyentes no han leído con atención la conseja evangélica: “Dad al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios”.

Durante su breve pasó por la tierra, Jesucristo de Nazaret dejó muy claro que no le interesaba el poder terreno:

“Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí”.

Según San Juan (Jn 18, 36), eso le respondió Jesucristo a Pilato, a quien le dejó bien claro que sí era Rey, pero no de Judea, mucho menos de Ensenada o de Monterrey.

Para quienes son hombres de fe, Jesucristo no puede ser ni jefe de un territorio, ni de un feudo o de una ciudad controlada por los narcos y limitada por el tiempo y el espacio.

Jesucristo no fue creado por Dios Padre para ser un reyezuelo terrenal y repugnante, como quieren hacerlo los promotores de las falsas y dañadas doctrinas.

A quien está sentado a la derecha del Padre, desde donde ha de venir a juzgar vivos y muertos, no le interesa un poder ordinario, corriente, terrenal y temporal, como el que le ofrecen los alcaldes heresiarcas y peripatéticos.

Si nos apegamos a las escrituras, el reino de Jesús es celestial, infinito, eterno, universal y santo...

¿Por qué insisten los heréticos municipales, en convertirlo en “la máxima autoridad” de sus municipios rascuaches?

¿Por qué le quieren endilgar la responsabilidad del mandato popular, de tres mugrosos años, al Sagrado Corazón de Jesús, o a la Santísima Virgen María de Guadalupe?

¿Por qué mezclan el poder terrenal con el celestial, la vida pública con la privada y sus creencias religiosas con las leyes de los hombres?

Si su poder es de este mundo, si por gobernar les pagan: ¿Por qué andan más afanados en las cosas celestiales que en las mundanas?

A luz del evangelio, y sin caer en el anticlericalismo, los fines de la Iglesia y del Estado son muy distintos.

La religión se encarga de las cosas de arriba, de salvar a las almas pecantes; la política de las de abajo, del bien común, del contrato social.

Por respeto a los gobernados ateos, o que profesan otras religiones, o que no creen en el Jesucristo que reina en los municipios, los gobernantes creyentes deben dedicarse públicamente a gobernar, y a rezar en privado.

Refilón: Empezó el lodazal electoral...

“Panchosaurio”: “Que él no le va a entregar Mexicali a Jesucristo, sino a los demonches”.

Reto de Roberto Alcides Beltrones: Devolver al Seguro Social la calidad y calidez perdida, y acabar con el “Importa Madre Su Salud”.

*El autor es columnista y periodista local, comentarista de televisión.



Primera plana

ÓSCAR GENEL*

Más trabajo para Jesucristo. El gobernador de Chihuahua, César Duarte, en una demostración de sumagraformación política, decidió tener como auxiliar al “Dios todopoderoso, para resolver los problemas de violencia y de otros tipos, que agravan al pueblo”. La declaración fue pública, no en la oscuridad de su recámara, ante sus gobernados, no en el silencio de sus creencias religiosas; y siguiendo el ejemplo, torcido ante el espíritu de las leyes, Margarita, la alcaldesa de Monterrey, fue más atrevida y nombro a Jesucristo “responsable del presente y del mañana de los regios” Mucho trabajo para el Dios en el que ambos creen, en el que confían la decisión de los electores y la solución de sus demandas. Milagrera, pues, la cuestión.

La secretaria de Gobernación, dista mucho de ser como las de antes, ya no es el nervio y el motor de la administración

federal de gobierno; la actual es como fueron las de Fox y las de Calderón: fuente de oportunidades económicas para amigos cercanos, para parientes admirados, para mujeres bien amadas. Buenas aquellas, dirigidas por políticos maduros, que cuando llamaban a un gobernador, este llegaba temblando, preguntándose si encontrarían “el prietito en el arroz”, de ahí que las policías internas a nadie le preocupen y cumplir la Constitución menos aun.

Los políticos y los gobernantes, casi todos ellos, son creyentes, asisten a las iglesias, casan a sus hijos mediante las leyes religiosas y algunos, como el Jefe Diego, reniegan de los ordenamientos del Registro Civil. Aquello de la laicidad lo toman como un referente porque, en la práctica social, son uña y mugre con los altos dignatarios de la iglesia, se llevan con los sacerdotes de “piquete de panza” y todos esperan tener la oportunidad de

estar cerca del santo Padre cuando llegue la ocasión, aunque ahora Francisco ha salido respondón, claridoso y enemigo de las corruptelas. Las publicaciones llamadas del corazón, por su venta de páginas y páginas de textos y de fotos, son testigos del maridaje que niega la laicidad de los gobiernos y de los gobernantes.

Jesucristo, gobernador y alcalde, por los últimos pronunciamientos, es testigo fiel de la descomposición del escenario gubernamental, de la mala integración del sector oficial y de la falta de respeto que los que mandan tienen para con los que no piensan o sienten como ellos suelen hacerlo. Es preocupante la simulación que, a pesar de todos los esfuerzos, está quedando al desnudo y a la mitad de las cuatro esquinas del país.

*El autor es periodista de radio y televisión



Mar de fondo

BENEDICTO RUIZ*

El catálogo de la guerra sucia del PAN

Para el PAN en Baja California ganar la gubernatura es un asunto de vida o muerte. Por muchas razones, entre ellas porque prácticamente es el único bastión que le queda después de sus derrotas en otros estados como Jalisco y Morelos; pero además porque el estado es emblemático para la alternancia iniciada por el panismo en 1989, pero también porque una derrota aquí será fulminante para el panismo a nivel nacional y en especial para su dirigente Gustavo Madero.

Una derrota en Baja California profundizaría de manera irremediable la crisis que actualmente vive este partido después de haber perdido la presidencia.

Es a partir de este contexto que el PAN tomó la decisión, sobre todo por su dirigencia nacional, de defender por todos los medios y con los métodos que sean la gubernatura del estado, acompañado de un PRD desfigurado que también se está jugando su futuro.

Entre los métodos que el PAN ha adoptado desde el principio de la campaña está el de la guerra sucia, una estrategia que le ha redituado incluso contra quien hoy es su aliado y que alegremente le acompaña ahora como si nada hubiera pasado.

La guerra sucia panista se ha intensificado en un momento en que las tendencias, según los sondeos más serios realizados hasta ahora, han favorecido al candidato de la coalición priista por un margen de entre 6 y 9 puntos, que puede ser explicable por todo el proceso y el aval que recibió durante su nombramiento como candidato.

Al mantenerse casi inalterable esta

tendencia y al ver que las campañas no han logrado incidir en el ánimo de los votantes, prevaleciendo una atmósfera de pasividad y desánimo entre la mayoría de los electores, el PAN decide intensificar su campaña negra. Primero para tumbarle votos al candidato puntero y, segundo, para buscar una polarización del electorado alrededor del temor y el rechazo al candidato contrario.

El pánico que el PAN siente ante la posibilidad de perder la gubernatura, quiere de alguna manera transmitirlo hacia algunos sectores de la sociedad con el afán de movilizarlos e incentivar la participación política. Eso significa presionar varios botones de alarma con el fin de crear una sensación de emergencia y de riesgo latente contra su adversario político.

Son los últimos recursos cuando una elección se siente perdida. Un botón clave que el panismo ha presionado, junto con el perredismo del DF, es cuestionar la imparcialidad del Instituto Electoral del estado, haciendo una denuncia genérica cuyo propósito principal no es enmendar las posibles irregularidades del IEPC, sino desprestigiar a la autoridad electoral, cuestionar su legitimidad y, lo más importante, poner en duda desde ahora la honestidad del mismo a la hora de contar los votos.

Es lo que hacía antes el izquierdismo radical o algunos líderes perredistas cuando ponían en duda la imparcialidad del IFE. Cuando no se tienen pruebas contundentes, la estrategia –además de ser pernicioso– es una forma simple de adelantar un escenario para justificar una derrota electoral. Algo que no les queda a los partidos, incluyendo al PAN, en la medida que son parte de los institutos y avalan en todo momento la integración de sus direcciones.

El otro botón de alarma que los aliados en esta elección han presionado es el de la denuncia genérica que tanto el dirigente nacional del PAN Gustavo Madero, como el del PRD Jesús Zambrano,

hacen en cuanto foro se les presenta a nivel nacional, además de ser actores notables en la propagación de la guerra sucia.

Ambos personajes, atenzados por el riesgo de perder, usan un discurso como si en Baja California gobernara el PRI, y a lo largo de estos últimos 24 años es el PRI el que se ha venido sosteniendo con trampas y fraudes electorales, por lo que es necesario impedir que siga gobernando.

Nadie les ha dicho a estos dos personajes que aquí el partido que ha hecho del gobierno su patrimonio es el PAN, que se ha enraizado a partir del clientelismo electoral, la cooptación de las organizaciones sociales, la movilidad a partir de los empleos en el gobierno hasta el control de los órganos electorales. Aquí el partido que ha fallado y ha obstaculizado a la democracia es el PAN, el PRI apenas está reviviendo.

La estrategia de la guerra sucia es crear un clima de confusión y de polarización política, ayudar a definir al elector indeciso o titubeante a partir de un estereotipo del adversario político, infundirle temor y odio al mismo tiempo (como el PAN lo hizo con López Obrador), desalentar la participación de los electores y ganar a como dé lugar a los pocos que van a ir a las urnas. Es falso que la guerra sucia busque promover la verdad o resaltar los contrastes. Al contrario, es un recurso pueril que se utiliza cuando un partido o un candidato ya no tienen nada que ofrecer y buscan ganar a través de una batalla psicológica, que apela al miedo y al rencor de los votantes.

La pregunta es si el PRI se va a quedar callado viendo cómo le arrebatan su posibilidad de triunfo, porque si bien la guerra sucia es entrar a la guerra del odio, también significa un enorme riesgo dejarla pasar. El PAN está desesperado y se está moviendo como un animal furioso que no quiere soltar el gobierno estatal.

*El autor es analista político.

Correo electrónico: beneruiz@hotmail.com